



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto: 2024, Pablo C. Reyna.

© De las ilustraciones: 2024, Lucía Barrios.

Representados por Tormenta. [www.tormentalibros.com](http://www.tormentalibros.com)

© De esta edición:

2024, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-557-7

Depósito legal: M-7785-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2024

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

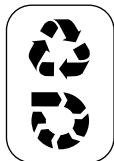
Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **La intriga de los espejos**

Pablo C. Reyna

Ilustraciones de Lucía Barrios

loquele<sup>o</sup>



*Para Cheles y Guille,  
por seguir allí cada vez que cruzo el espejo.*



## 21.05 horas

No eran horas para vivir una aventura.

9

Atardecía en Valencia. Aquella era la noche más larga del año, el solsticio de invierno, y hacía rato que habían encendido las farolas. La luna llena protegía la ciudad como un centinela. Sin embargo, el calor apretaba como un brasero debido a que todavía no se había producido el cambio de estación.

Un duende con pantalones de lino y americana buscaba la forma de regresar a casa tras salir de la oficina en la que trabajaba como creativo publicitario. Entonces vio un taxi acercándose por la carretera y alzó la mano para llamarlo.

El vehículo se detuvo a su lado. Tenía el aspecto de una enorme calabaza naranja, de dos metros de altura y más de tres de largo. Cuando se observaba mejor, se apreciaban los neumáticos, las puertas, dos faros y unos agujeros acristalados, idénticos a los de cualquier coche. El duende abrió la puer-  
10 ta trasera y tomó asiento.

—Buenas noches —saludó la conductora. Tenía un tono agradable de voz—. ¿Adónde lo llevo?

—A la plaza del Perú, número seis. —Dejó la mochila de ejecutivo en el asiento de al lado y se abrochó el cinturón. Sus pies no llegaban al suelo.

El duende observó a la taxista a través del espejo retrovisor. A simple vista parecía una humana de rostro redondo y nariz afilada, con unos alegres ojos de color miel enmarcados por pequeñas arrugas fruto de la



edad. Tenía el cabello entre castaño y canoso recogido en tres moños en espiral, y llevaba un vestido verde con rombos dorados, corto y sin mangas. Era su pequeño sombrero puntiagudo, con un broche en forma de estrella de siete puntas, lo que revelaba su verdadera naturaleza.

11

—Es la primera vez que veo a un hada madrina en un taxi —dijo el viajero—. No sabía que ahora os dedicáis a esto.

—Estamos en el siglo XXI. —La conductora sonrió desde el espejito—. El tiempo de los cuentos pasó; ya no estaba bien visto que un hada usase su magia para convertir a una criada en princesa o que un mozo sin experiencia ganase un torneo real. Las criadas que no llegaban a princesas y los mozos que quedaban segundos en los torneos denunciaron que estaban en inferioridad de condiciones, así que hace mucho que no

dedicamos nuestra magia a cambiar el destino de los mortales.

Había una razón adicional, pero nunca la mencionaba.

12 Su nombre era Golotea. De su época de hada madrina le quedaba la calabaza rodante y su sombrero picudo, que no se quitaba jamás.

Tras esa etapa fue modista especializada en princesas. Pero, como era un mercado muy pequeño, las vistió a todas en tres semanas.

Más tarde, y con la llegada de las nuevas comunicaciones, fue telefonista, un trabajo que bordaba por su amabilidad. *Demasiada*, si preguntaban a su jefa. Golotea no solo conectaba llamadas, también se interesaba por la familia y mascotas, daba consejos culinarios y echaba las cartas.

Sin embargo, desde hacía cuatro décadas su oficio era hada taxista. Transformó su

antiguo carruaje de calabaza en vehículo a motor con una buena dosis de cachivaches mágicos. Conducir era lo que más le gustaba en este mundo.

Aquella noche, las calles eran un hervidero de gente. Y aunque Golotea siempre prefería el turno de día (las hadas son seres diurnos), en un rato iba a celebrarse el solsticio de invierno, todo un evento de la ciudad donde seguro que la necesitaban. Había algo que no había perdido de sus días como hada madrina: las ganas de ayudar a los demás.

Condujo hasta la plaza del Perú y dejó al duende en la puerta de su casa. Entonces reparó en que todavía no había encendido la radio que la mantenía conectada con sus colegas.

—Aquí Golotea, estoy de servicio —dijo por el transistor—. Buenas noches, Mihaela.



Mihaela era una de sus mejores amigas y su confidente durante la espera entre cliente y cliente. Por eso se llevó un buen susto cuando respondió alguien que no era ella.

—Saludos, Golotea —dijo una voz masculina—. Un placer darte la bienvenida a este turno. Soy Diego, la voz de la noche.

15

«Menudo error —lamentó el hada—. Por supuesto que tenía que haber otro encargado en el horario nocturno».

*La voz* era como llamaban coloquialmente al controlador de taxis de la centralita. Su responsabilidad era alertar de los atascos y posibles viajes, entre otras cosas.

—Perdona la sorpresa, Diego. Me da igual que estés tú. —Sintió que había vuelto a meter la pata—. Quiero decir: que me parece estupendo. —Temió sonar demasiado entusiasta, así que corrigió—: Me parece

normal. Estoy disponible en caso de que haya cualquier cliente cerca.

Casualmente, Diego había recibido la petición de un taxi especial con origen en el aeropuerto.

16 —Te queda lejos, pero casi no hay taxistas esta noche. Los espejos, ya sabes —apuntó Diego, y Golotea no necesitó que añadiese más—. Son una pareja de cíclopes y tu taxi es uno de los pocos vehículos adaptados.

—Los recojo sin inconveniente —respondió Golotea, satisfecha por sentirse útil.

El trayecto hasta el aeropuerto le llevó quince minutos. Nada más ver a los viajeros en la parada, comprendió por qué la necesitaban. Medían tres metros de largo cada uno y no entraban en los taxis comunes. Por suerte, el taxi calabaza contaba con un encantamiento engrandecedor para que los cíclopes se acomodasen sin problema.

Golotea se encargó de meter el equipaje en el maletero. La cíclope, con monóculo de pasta para su único ojo, entró primero. Cuando su pareja iba a acceder, se le cayó un paquete al suelo.

El hada dio un bote. El bulto tenía una etiqueta roja que decía: «¡PELIGRO DE MUERTE! NO MANIPULAR». El hada giró la cabeza hacia el cíclope, que le hizo un gesto para pedir silencio.

—Esta noche le pediré que se case conmigo —explicó en voz baja. Después, metió el paquete en el interior de su chaqueta sin que su acompañante se enterase de nada.

Golotea deseó que la caja no contuviese un animal, a tenor de las costumbres peculiares de los cíclopes. Conocía a una que comía cabras para desayunar.

Durante la carrera en taxi, la pareja no hizo otra cosa que besuquearse y llamarse